

Kailas ficción

MO YAN

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

El clan de los herbívoros

Traducción del chino
de Blas Piñero Martínez



KF37

El clan de los herbívoros

Título original: *Shicao jiazhu*

© 1993, Mo Yan

© 2018, de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez

© 2018, Kailas Editorial, S. L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Diseño interior: Luis Brea Martínez

Maquetación: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN: 978-84-17248-11-6

Depósito Legal: M-7546-2018

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Impreso en España – *Printed in Spain*

Unas palabras como prefacio

ESTA OBRA FUE ESCRITA entre los años 1987 y 1989. Este libro expresa el deseo intenso por mi parte de pasar a través de la filosofía del vegetarianismo; expresa también mi respeto y mi veneración por todo lo que concierne a la Gran Madre Naturaleza y revela mis más profundos miedos acerca de los seres que nacen con las manos y los pies palmeados; expresa mi opinión sobre la violencia de la pasión erótica y propone una comprensión de las leyendas y los cuentos de nuestra mitología local. Y, por supuesto, expresa lo que amo y lo que odio; y en él se revela, por lo tanto, mi propio ser, la parte bella y la parte vergonzosa de mi alma, su parte luminosa y su parte oscura, el hielo que sale de la superficie del agua y el hielo que queda sumergido bajo ella, el sueño y la realidad.

EL AUTOR

**El primer sueño:
la langosta roja²**

AL DÍA SIGUIENTE, DE BUENA MAÑANA, de diez a quince minutos antes de que el sol apareciera enteramente en el firmamento, yo dirigí mis pasos hacia la vasta tierra que había sido preparada para el cultivo. Al principio del verano y cuando envejece la primavera, cuando ya se diluyen los recuerdos de la destrucción del invierno y del inicio de la primavera, la tierra baldía ve crecer los primeros brotes de hierba, que es negra y verde, fuerte, tosca y delgada. La bruma matinal, ligera y ya debilitada, se dispersaba rápidamente. A pesar de la niebla, el paisaje era extraordinariamente árido. Yo, con mis sandalias de piel de buey y lana de oveja, pisoteaba con dificultad la mala hierba que había crecido en la tierra y pensé en el bofetón de una mujer, que aún me seguía doliendo en la cara.

En realidad, ese gesto me dejó perplejo. ¿Por qué me había abofeteado de esa manera? Porque ni ella ni yo nos llevábamos bien o porque le había molestado algo. Cincuenta minutos antes de que ella me diera el bofetón, yo estaba buscando, en medio de la sombra que proyectan los árboles poderosos que hay al norte del tenderete de refrescos El Océano Pacífico, las jaulas de pájaros que están colgadas y los tordos jocosos y cantores que hay ahí dentro. Las jaulas, al igual que los tordos, son todas muy parecidas, y las telas que las cubren son oscuras. El canto

indignado de los tordos se debe a que están entre los restos de la comida pasada y los excrementos, y ello les impide copular en este principio de la primavera. Esta es la conclusión a la que he llegado tras observarlos durante muchos años. En el pasado, cuando no tenía otra cosa que hacer, me iba frente al tendere-te de bebidas frescas El Océano Pacífico, me escurría luego por el interior de un tubo de cemento enorme en cuyos lados cre-cían siempre esas flores de terciopelo erizadas y rojísimas, y me apresuraba, tras cruzarlo como podía, en llegar a las ramas de los árboles y atrapar los tan deseados tordos que había al otro lado del tubo. Yo sabía que el hierro que había en mis zapatillas hacía demasiado ruido al pisar el cemento y podía asustar a los tordos. También sabía que años atrás, bueno, varios cientos de años atrás, cuando las herraduras de los asnos pisaban las tie-rras de mi *xiang* (el distrito) y mi *xian* (la subprefectura), y pi-saban, más exactamente, las losas empedradas y octogonales, hacían el mismo ruido que hago yo ahora, pero el ritmo de su galope creaba una música acompañada y agradable de oír. Años atrás, me sentía muy excitado cuando un carro tirado por un caballo salía en medio de la noche por la calle que hay frente a mi casa. Me sentaba sobre la cama y escuchaba con atención el sonido que los cascos provocaban sobre el pavimento en medio de la noche. El sonido de las pisadas entrababa en mis oídos y luego perforaba mi cabeza. Y cuando el carro ya se había ido, parecía que en cada habitación del edificio de quince pisos que había en mi cabeza hubiera el rugido de una bestia salvaje. Era la chica de la pata coja la que grababa todas las voces diferen-tes que emitían los animales del zoo y luego las mezclaba en el magnetoscopio. Yo la veía siempre cuando pasaba por el pasi-llo de la escuela, y la mirada de sus ojos era igual que la mirada de un hipopótamo, desprendía una luz misteriosa, como la que hay en las aguas del río que fluye o en las marismas. La alga-rabía de la ciudad, donde la gente se apretuja como langostas y los automóviles llenan cada esquina, se expandía y llegaba cada vez más lejos hasta ser perceptible desde el interior del tubo de cemento. Ese tubo, que conducía hasta la parte trasera

del tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, se llenaba cada noche de animales de todo tipo, animales extraños que salían por todas partes. Yo tenía el presentimiento de que, si en verdad existía el Cielo, debía salir indemne de la oscuridad del tubo de cemento.

Estábamos a siete de marzo y ese fue el día que fui al bosque a recoger los tordos. Ese día, los jazmines de invierno que había plantados en el patio del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas —el edificio adyacente a nuestra escuela—, y que estaban algo mustios, empezaron a crecer abundantemente tras sentir en su piel el primer vientecillo de la primavera. Se reavivaron sus tallos amarillentos y eso que el primer viento de la primavera es un viento timorato, poco entusiasta, y no ayuda mucho a que salgan los nuevos brotes; pero uno vislumbra que en los muros grises de las casas aparece el color verde, y las olas de hombres y mujeres que pasean junto a los muros se paran para contemplar las flores nuevas. Al principio, oí decir que los jazmines de invierno que habían brotado también se giraban para ver las flores; pero cuando salí para verlos, vi a un profesor universitario que conocía sujetando a una estudiante que también conocía. Los dos paseaban bien agarraditos, en la oscuridad y entre árboles verdeantes. El profesor tenía la cabeza llena de canas y la joven parecía una rosa fresca que acaba de florecer con todo su esplendor. Quien les hubiera echado el ojo habría pensado que el hombre era el padre y la joven, la hija. Los dos iban a ver las flores, y yo no deseaba seguirles el rastro. Tampoco quería adelantarlos. Simplemente quería ir al tubo que estaba junto al tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico y pasar a través de él.

El siete de marzo es mi cumpleaños, y es un gran día para mí. Y no es un gran día porque sea el día que nací. ¡Ah, me cago en la madre que me parió!... Yo tenía claro que no era nada más que un poco de mierda en los intestinos de la sociedad. Aunque haya nacido el mismo día que el gran (y célebre) especialista en manejar langostas, ese dios que es el valiente general

Liu Meng³, nada de ello cambiará la naturaleza de todo mi ser: un auténtico excremento.

En el pequeño callejón que era el interior del tubo de cemento —ese enorme desagüe—, pensé de repente en el profesor, cuando nos explicaba en clase la ética del marxismo y sus cabellos blancos flotaban en el aire, y su cabeza, fina y ósea, con la forma de un semicírculo, se movía de un lado a otro. Recordé cuando nos decía que amaba por encima de todas las cosas y con un amor sincero a su querida esposa, y que miraba a las mujeres bellas como cuerpos sin vida, o casi. En esa época, nosotros todavía éramos muy jóvenes y le teníamos mucho respeto a ese profesor de ropas y sombrero brillantes.

Me puse al otro lado, y el profesor y la estudiante no me vieron. La gente se había pegado al muro negro para ver las flores y tapaba los jazmines de invierno. Mis zapatillas hacían verdaderamente mucho ruido en el pavimento, y los sucesos del pasado parecían olas de agua, enrollándose los unos tras los otros. Yo lo sabía: incluso si no dejaba ahora esta ciudad, la dejaría en un futuro cercano. Todos los excrementos acaban saliendo, tarde o temprano, por el ano. Pero en lo que a mí respectaba, ya había sido expelido. Yo situaba a los hombres y los excrementos a la misma altura y con la misma posición en la sociedad, y, así, las sensaciones desagradables que nos proporcionaban los profesores y los estudiantes se diluían inmediatamente, o, simplemente, se convertían en algo tan volátil como un pedo.

Pisaba con contundencia las losas octogonales que formaban el pasillo circular del tubo de cemento, y, a mis oídos, resonaban como los cascos de un caballo. Y los cascos del caballo se levantaban del suelo. Hay muchos tipos de hierbas salvajes en la pradera y están no muy lejos del camino. Ni siquiera podía escuchar las colas que formaban los coches —que son como una larga cola de dragón—, que había en la ciudad; coches que eran numerosos y hacían mucho ruido. Yo solo oía los cascos del caballo apresurándose por atrapar los tordos.

Al principio, los viejos que paseaban junto a los tordos no estaban muy tranquilos conmigo, ya que cuando le echaba el

ojo a un tordo, me olvidaba incluso de mis pies. A los viejos les ponía muy nerviosos que yo me zampase sus tordos.

Cuando los tordos me veían la cara, empezaban a agitarse dentro de la jaula y deseaban saltar fuera, como cuando uno se ve con los antiguos amigos del *xiang*. Pero no todos los tordos se ponen a saltar cuando me ven. Los que están en las esquinas de la jaula, esos no saltan, ni quieren salir de la jaula. Cuando los tordos empiezan a saltar, los más timoratos se quedan en medio de la jaula, extienden el cuello, despliegan sus alas rojizas y miran el mundo a través de las rejas de la jaula.

Esos tordos pensativos, que seguían la alegría de los demás al verme, despertaron, de repente, mi curiosidad. Me puse delante de uno de ellos y lo contemplé. Podía ver claramente los dos orificios de su pico junto con unas plumitas que los acompañaban. Ese tordo había empezado a cantar el ocho de marzo por la tarde y no paró de cantar hasta la tarde del nueve de marzo. Eso me lo contó el viejo que lo había criado. El viejo me dijo también que el tordo llevaba tres meses sin cantar. Ayer, cuando te vio, e incluso después de irte, el tordo cantor seguía cantando. Cantaba como un loco, y cuando cubrimos la jaula con la tela negra, el pájaro seguía cantando.

Ese tordo y tu destino os han hecho camaradas; y viéndole, sigo creyendo que usted es un señor amante de los pájaros. ¡Por eso te lo dio! ¡Tenlo!, me dijo el viejo.

Confuso, miré la cara llena de cicatrices de ese viejo y se me endureció el corazón, los intestinos se me hicieron un nudo, la columna vertebral se me puso rígida de puro terror y mi dedo índice empezó a temblar. El viejo me sonrió tiernamente y su sonrisa parecía tan reluciente como la luz del sol. A mí, sin embargo, me aterrorizaba. En esta ciudad, o se es un erizo o se es una tortuga, y yo ni era un erizo ni era una tortuga y le tenía especial terror a la gente que me sonreía. Pensé: ¿por qué quiere darme el tordo? Tratamos con las mismas jaulas, las mismas telas negras, los mismos comederos de porcelana china para pájaros, los mismos bebederos de porcelana china, e incluso, y por accidente, las mismas bolas brillantes de acero

de las jaulas. El viejo siempre sujetaba esas dos bolas de acero y las hacía colisionar en una de sus manos. Parecían dos animales vivos. ¿Había que fiarse? No tenía familiares, ni historias detrás. No tenía generosidad ni moral. ¿Había que fiarse de alguien que te da gratuitamente una joya? ¿Había que fiarse de alguien que te sonreía de esa manera?, me pregunté a mí mismo. Sabía que no se trataba de una conspiración, sino de una trampa. Y así me lo esperaba.

Yo hablé con firmeza y determinación. No, no quiero, no quiero nada de eso. Usted coge el pajarito y lo vende en la ciudad. He visitado una vez el mercado de pájaros de la ciudad, y hay pájaros de muchos tipos. Muchos de ellos son, por supuesto, tordos jocosos cantores, y, en segundo lugar, hay muchos loritos. Y luego, menos, lechuzas.

Los gatos de la noche que anuncian por la mañana a viva voz lo que han hecho por la noche arruinan siempre su reputación, dijo el viejo con un tono de voz triste.

Un coche de lujo había pasado por la carretera y había formado una auténtica catarata. Se había creado un gran río que se desbocaba. Las cosas que arrastraba la corriente del coche se precipitaron hasta la calle que conducía al prestigioso instituto.

Al parecer, había adivinado la corriente de pensamientos que había irrumpido violentamente en la cabeza del viejo: el canto doloroso de los tordos que colgaban de las ramas de los árboles que había en su cabeza me haría excepcionalmente débil. Yo abrí la boca y le dije: Abuelo, ¿hay algún trabajo que quiere que le haga? Si hay algo, no tiene más que decírmelo...

El viejo sacudió la cabeza y dijo: ¡Deberías volver a casa!

Más tarde, el viejo, como siempre, bajo el árbol, se llevó a pasear ese tordo lunático, y las bolas metálicas y brillantes seguían colisionando en su mano. Al verme, su mirada era siempre triste. No sabía si estaba deprimido por mí o por él mismo, o por el tordo.

Volví otra vez a la tarde y el misterio de la mujer moderna que me dio el bofetón. Era uno de esos días larguísimos de primavera y yo estaba bajo el sol. Con el bastón en la mano y

en el caminito estrecho donde había flores de terciopelo que eran rojas como la sangre, me dirigí rápidamente hacia el norte. Había una libélula roja que se había posado sobre una de esas flores de terciopelo y creí al principio que era un pétalo, y solo poco después me di cuenta de que era una libélula. Me agaché lentamente, y lentamente extendí la mano, y lentamente toqué la libélula. Con mi dedo índice y el dedo pulgar hice una pinza. La libélula tenía los ojos abiertos, eran pequeños y giraban sin parar. Sus alas parecían de muselina y se agitaban delante de ti. Yo, con mis pinzas, le cogí rápidamente el abdomen y ella se curvó ante el contacto de mis dedos. Me mordió, pero sentí que su mordisco era muy débil. Más bien me hacía cosquillitas. Ningún dolor; más bien al contrario, me producía placer.

Los tordos ya llevaban tiempo esperándome y yo estaba ante ellos, escuchando su bello canto. Conocía todo el dolor que habían experimentado y todas sus esperanzas presentes. Cogí la libélula por su caja torácica y se la di de comer, pero el tordo me dijo que no quería comer. Entonces, la dejé escapar. La libélula se escabulló suavemente de mi mano.

Al final supe que el viejo era del mismo terruño que me vio nacer y crecer. Los dos éramos en realidad del mismo *xiang*, y antes de la liberación, en mil novecientos cuarenta y nueve, había hecho todo tipo de trabajos manuales. Ya estaba jubilado y recordaba con nostalgia el lugar donde había nacido. No quería que sus huesos acabasen enterrados sobre esa pequeña colina, en el oeste de la ciudad. Quería ser enterrado en el *xiang* de Dongbei, en el *xian* de Gaomi, que es un lugar remoto y vasto, un lugar agreste, lejos, muy lejos de todo. El viejo me dijo que, varios años atrás, después de las plagas de langostas, esas tierras dejaron de ser verdes. No había nada para comer y lo único que le quedaba era errar por la ciudad como un vagabundo, y aún no había podido regresar a su tierra.

Yo estaba muy animado, y un paisano es un paisano. Son como dos lágrimas de un mismo ojo. Y tras tanto hablar, se empezó a poner el sol. Las flores de terciopelo parecían llamas consumiéndose y los ojos de los tordos brillaban como el

planeta Marte —esa estrella roja, esa estrella de fuego—. En la silla del bosque, el respetado profesor le cogía el pelo rubio a la jovencita. Estaban felices y tranquilos. Incluso si no había un daño real debido al tráfico de los coches que pudiese afectarme, y mi vida no corría peligro por estar en ese lugar y en ese momento, sentí de repente que debía bendecirlos por poder contemplarlos con mis ojos. Al acabarse del día, cuando se forma el crepúsculo en el horizonte, las nubes rojas que aparecen como largas planchas son de una belleza excepcional. En la parte superior del cielo se forma el caos. Es del color —o algo muy parecido— al acero del horno-cocina cuando se calienta fuertemente y empieza a enrojecer. Las mil cosas que hay en una ciudad —como las innumerables bicicletas y automóviles—, todo ello se veía bañado por la luz roja del crepúsculo. En la calle, las farolas que había bajo las hileras de sauces no estaban todavía iluminadas. Durante un tiempo, mi espíritu se sentía siempre en estado de trance cuando veía ese paisaje. Era como un éxtasis para mí. Luego, el canto de los tordos en medio de la noche se convertía en algo usual. En la silla, el reloj caro que el profesor llevaba en la muñeca brillaba poderosamente, como si fueran las alas de un insecto. Los tordos hacían vibrar sus plumas cuando cantaban. Sus cuerpos enrojecían también a esas horas de la puesta del sol y brillaban, como si se hubieran sobrecalentado. Yo no tenía ninguna razón para pensar que eran hierros candentes en medio de la noche. La punta de la nariz del viejo brillaba con una luz roja mientras desenganchaba las jaulas de los árboles y volvía a colgarlas en fila. El viejo me dijo: Paisano, mañana les echamos un vistazo. ¿Te parece? Y al decirme esas palabras, volvió a cubrir las jaulas con la tela negra. Los tordos, azorados, se pusieron a colisionar los unos contra los otros. En medio de la oscuridad, los picos puntiagudos de los tordos silbaban y sus silbidos penetraban en mis oídos. Todo eso me desesperaba. Sabía que debía volver a casa. Las jaulas se movían al mismo tiempo que el viejo las transportaba bajo los árboles. Así iban de regreso a casa. Las jaulas se agitaban como si fuesen seres vivos. Le pregunté

varias veces al viejo por el movimiento brusco de las cajas y el viejo me respondió que no debía tener miedo. Pero ¿no iban a acabar los tordos totalmente mareados? El viejo me dijo con un movimiento seco de la cabeza que no. Los pájaros estaban al principio sobre las ramas de los árboles y ahí podían agitar libremente sus alas; pero dentro de la jaula era otra historia, y en la oscuridad, dentro de esas jaulas cerradas, sus ojos brillaban como bolitas de luz y parecía que tuviesen miedo.

Yo me había quedado de pie bajo los árboles y mis ojos se fijaban en los pájaros que se introducían en los tubos alargados y estrechos que había dentro de la jaula y que les servían de nidos. Anocheceía y los colores del crepúsculo se borraban. Los árboles proyectaban sus sombras sobre la superficie de la tierra. Los bancos junto al bosquecillo estaban llenos de gente. El ambiente que se había creado era de una oscuridad que no llegaba a ser una oscuridad completa y debajo de los árboles se oían los chasquidos de los besos que recordaban los aleteos de los patos sobre el agua, o cuando caminaban torpemente sobre el barro de la orilla del estanque que quedaba no muy lejos. Recogí del suelo un poco de gravilla y alcé la cabeza, y pensé en tirar esas piedrecillas sobre el barro.

En el pasado ya había adquirido el arte de tirar piedras. En medio del fangal había siempre un pato que buscaba alimento: gusanos, caracoles o algo parecido. De su pico salían unos sonidos que eran como los gemidos de un niño. A mí me daba asco esa voz y, por eso, cogía una piedra y era capaz, al tirarla, de alcanzar la cabeza misma del pato. El pato, tras el impacto, metía el cuello dentro del agua fangosa. Los patos que no habían sido heridos de muerte acompañaban a los patos que habían sido tocados mortalmente. Las plumas de los patos blancos caían una tras otra y el pato moría. Su cuerpo quedaba flotando sobre las aguas o el barro. El pato que sobrevivía al pedrazo continuaba la búsqueda de comida en medio del barro. Las hierbas marinas se mezclaban con el agua y formaban una sustancia en la superficie que recordaba el agua sucia que sale de un lavabo cuando se pompa el orificio, y, además, olía igual de mal. Después de

lanzar la piedra al pato, salía corriendo, y ello era, sin duda, lo más sensato. Si no salía corriendo como un loco, el resto de los patos acabaría con mi vida.

De hecho, la peste se debía también a que los patos nadaban en unas aguas residuales que salían directamente de las acequias. Sobre el barro —en el que también había fuertes dosis de mierda— cohabitaban los patos con infinidad de sapos, los cuales dejaban siempre sus huellas bien delimitadas. Cuando uno de esos sapos moría, se lo veía flotar sobre las aguas con la pancha hacia el cielo. El tubo del desagüe acababa por tragarse el sapo y para ello se servía del agua apestosa y sucia de la charca. Las dos patas largas del pato muerto parecían dos remos tumbados sobre el agua. Y sobre el agua fangosa se reflejaba mi cara, ancha como la palma de una mano. Mi cara aparecía amarilla como la tierra por tantos años sin haberse lavado. La última vez que me la lavé tenía yo nueve años. La dueña de los patos era una mujer anciana que se llamaba Jiu (que significa «nueve») y cuando vino a buscar los huevos de los patos se encontró conmigo y con el pato muerto. Recuerdo la escena que se produjo como si fuera ayer...

La Novena abuela era alta y delgada, y se dirigió a las aguas de la acequia para explorarlas de cerca. Parecía como si quisiese coger con la boca el pato muerto. En ese momento, vi que su cuello era largo y muy fino, como el de la grulla de Manchuria, y la pequeña cola que colgaba detrás de su cabeza era como la cola de una vaca. La Novena abuela no tenía culo. Tenía más bien dos huesos que eran dos palas con las que podía sentarse en cualquier sitio. La gente la temía cuando gritaba. La superficie del agua se arrugaba de golpe y formaba olas, y todo ello era debido a la voz potente de la Novena abuela. Tensa, la Novena abuela se lanzaba hacia el agua fangosa. Daba grandes pasos y con uno de ellos ya había cubierto media acequia. Cuando alargaba la pierna para dar el paso, el ángulo que creaba era digno de una esquina de noventa grados. Todo su cuerpo se convertía en unas tijeras... Después de leerlo en un libro, supe que la Novena abuela era en realidad una especie de Pinocho. Ella

cogió el pato muerto y se puso a emitir gemidos de un dolor intenso. Yo no debía por nada del mundo quedarme parado frente a las aguas embarradas de la acequia... El poso de arcilla aposentado que quedaba justo debajo del agua era como un colchón blando que se hundía ligeramente cuando se pisaba y los pies de la Novena abuela eran tan finos y puntiagudos que se clavaban en el lodo como dos espadas. Pisaba el lodo y lloraba por la muerte trágica del pato blanco, víctima él del piedrazo que le había arreado yo. No podía creer que los pasos de la abuela pasaran a esa velocidad sobre el agua enlodada. Pero tampoco podía creer que esos pies fueran a tropezarse y la Novena abuela pudiese caer en el agua. Ella daba saltitos sobre el agua. Observé que el nivel del agua continuaba descendiendo y los pantalones de la Novena abuela se ensuciaban rápidamente hasta llegarle la mierda al trasero. Cuando volvió a la orilla, toda sucia, la mujer no había olvidado todavía la muerte del pato y continuaba insultando a todo ser viviente. Al salir del agua y dar sus pasos, pude oír cómo crujía su pelvis huesuda y saliente: *gue gre bong, gue gre bong...* La Novena abuela arrojó al suelo el pato y emitió un aullido de dolor intenso.

Más tarde, la abuela pensó en sentarse a mi lado, junto al agua sucia, y haciendo un esfuerzo giró el cuello. Tenía una cara larguísima y me chilló, dejándome con unas ganas enormes de llamar a alguien para que la rescatara.

Yo la miré con desdén. ¿Iba o no a buscar a alguien para que la rescatara? Si la rescataba de su situación incómoda, ¿iba a olvidar lo del pato muerto y me perdonaría? Pues, lenta, muy lentamente, me dirigí al pueblo, y mientras caminaba, pensaba: tampoco estaría mal que ese espíritu endiablado que es la Novena abuela se quedara ahí y se ahogara en medio de esas aguas sucias.

Encontré al Noveno abuelo —nuestro noveno *laoye*—, que era el marido de la Novena abuela. El Noveno abuelo tenía ya la lengua solidificada de tanto licor de sorgo que había tomado en el pasado. Le dije que su señora —la Novena abuela— había caído en las aguas pestilentes del canal. Al Noveno abuelo

se le pusieron los ojos rojos y se limpió los labios —los cuales estaban llenos de licor de sorgo— con la lengua. Le dije que había que apurarse porque la Novena abuela corría el riesgo de morir ahogada y el Noveno abuelo acabó con el licor de sorgo que le quedaba en el vaso. Le dije que yo solo no podía rescatarla, y necesitaba a otra persona para sacarla de la acequia. El Noveno abuelo cogió la botella de licor de sorgo y se la bebió entera. Luego tiró la botella al suelo y cogió una especie de azada en cuyo extremo había un garfio con dos puntas y que estaba apoyada junto a una pila de hierba, y me acompañó. El hombre más que caminar se tambaleaba de un lado a otro y hacía que la gente se sintiera ansiosa, ya que pensaban que se iba a caer de un momento a otro. Pero no, el Noveno abuelo no se caía. El viejo era muy bueno cuando se trataba de mantener el equilibrio y avanzaba, aunque de forma poco ortodoxa.

Mientras acompañaba al Noveno *laoye*, oí a lo lejos los gritos de la Novena abuela. Cuando llegamos al canal, vimos que el agua le llegaba ya, a la barriga. Movía las dos manos con desesperación y era un auténtico manojo de nervios. La Novena abuela parecía uno pato chapoteando en el agua. El agua de la charca del canal apestaba y desprendía un vapor cuyo olor era imposible de aguantar.

Al oír nuestros pasos, la Novena abuela se giró de golpe para vernos; y cuando vio al Noveno abuelo, sus ojos empezaron a parpadear con una luz azul turquesa. Parecían los ojos de un gato enloquecido y acorralado contra la pared cuando ve un perro odioso y este le obliga a hacerlo.

El Noveno abuelo avanzaba como podía —es decir, dando tumbos, pero sin caerse—, y se acercó a la acequia. En sus labios se dibujó una sonrisa que costaba identificar como tal por lo ambigua que era. Sus ojos eran como dos cerezas y desprendían una luz roja y penetrante.

¡Estás borracho, viejo diablo! La abuela empezó a proferir desde la charca todo tipo de insultos odiosos a su marido.

Cuando el Noveno abuelo oyó los insultos que le lanzaba, forzó una sonrisa algo más obvia que la anterior. Me estás

insultando —le dijo—; y, entonces, ¿por qué me has hecho venir hasta aquí? Pues si no me recoges a mí, coges el pato muerto que está junto a mí y te lo cocinas con vino. Y el Noveno abuelo cogió el pato muerto con el garfio, dio media vuelta y se fue.

La Novena abuela golpeó la superficie del agua con las palmas de sus manos y suplicó nuestra misericordia.

El Noveno abuelo se giró de golpe y le dijo: ¡Llama a tu querido padre!

La Novena abuela, rejuvenecida, gritó a su vez: ¡Mi querido padre, mi querido padre, mi querido padre!...

El Noveno abuelo se desplazó a un lado del agua y alzó la azada afilada con las dos manos para acercarla al pecho de la Novena abuela, que se asustó y se metió bajo el agua. El Noveno abuelo sacudió el cuerpo y esbozó una sonrisa maliciosa. Parecía un gato viejo jugando con los ratones. La azada de lámina brillante consiguió alcanzar la cabeza de la Novena abuela, cuyo cuerpo iba de izquierda a derecha, para adelante y para atrás, y todo ello dentro de las aguas sucias de la acequia. Finalmente, la Novena abuela pudo respirar un poco mejor, aunque con dificultad. Su cuerpo no podía moverse y tenía el cuello tieso y rígido. Parecía que la cabeza no podía girarse hacia ningún lado. Las aguas sucias le llegaban hasta el pecho y a la abuela se le había puesto la cara de color púrpura. Su cabello se disolvía en el agua y la Novena abuela lloraba e insultaba a todo bicho viviente: Viejo Jiu, viejo Jiu... ¡La madre que te parió, cabrón! ¡Tienes el corazón negro! ¿Quieres cargarte a tu mujer? ¿Ese que no ves que ese azadón va a acabar con mi vida?...

Y cuando la Novena abuela lloraba, el Noveno *laoye* se deshacía en carcajadas. No llores, no llores... ¡Agarra el azadón y te sacaré del apuro!

La Novena abuela agarró con las manos las dos puntas de hierro del garfio de la azada y torció su cuerpo. Se puso a hipar, y mientras tanto, el Noveno abuelo la atraía hacia él.

El Noveno abuelo escupió en sus manos y agarró con más fuerza el mango de madera de la azada para poder sacar a su mujer del fangal. Haciendo un gran esfuerzo, la sacó de las

aguas fétidas. De la boca de la Novena abuela salió un ¡uf!... El Noveno *laoye* soltó la mano y la Novena abuela casi se cayó y se puso a gruñir en medio del barro y el agua.

Yo lo ayudé finalmente a sacarla del agua hedionda y detestable. La Novena abuela parecía una zanahoria grande con la parte superior verde totalmente deshecha. Las aguas sucias se agitaban y formaban un murmullo y el barro había llenado el espacio que había dejado vacío la Novena abuela. Las aguas desprendían un olor extraño. Yo creía firmemente que en China, salvo yo, la Novena abuela y el Noveno abuelo, no había nadie que fuese capaz de soportar esa peste.

Llevamos a la Novena abuela hacia la hierba. El sol brillaba en todo lo alto y, por lo tanto, iluminaba la hierba. Era una tarde de verano y la luz estival cambiaba también el color de las aguas. Sobre la superficie del agua flotaban medallones de aceite de un color cobrizo y los cuerpos de varios insectos muertos que estaban corrompiéndose lentamente. En las hojas de las hierbas crecían desordenadamente varios pelos finos de color blanco. La Novena abuela se había estirado sobre la hierba verde y parecía un pez barómetro.

La Novena abuela se meneó, estirando sus dos pies hacia delante y moviendo sus brazos. Se curvó como un gusano de seda, y el Noveno abuelo la ayudó a sostenerse sentada, pero parecía que tuviera el cuello roto y el cráneo le pesara excesivamente. Con la ayuda del Noveno abuelo, la Novena abuela se sintió cada vez mejor y pudo gradualmente ponerse de pie. Su cuello se puso cada vez más duro y la luz regresó a sus ojos. Pero la Novena abuela parecía una serpiente congelada y daba pena verla. En cuanto recuperó las fuerzas, mordió ferozmente el brazo del Noveno abuelo. Él intentó sacarse de encima la boca de la Novena abuela, que le había arrancado un trozo considerable de carne y lo mantenía en la boca. La Novena abuela masticaba la carne de su marido y se fue después de él. Dejaba sus huellas en la hierba húmeda, ya que pisaba muy fuerte el suelo: sus pies parecían —golpeando el suelo— los almireces de bronce que se utilizan para machacar los ajos.

Yo sujetaba la azada con mi mano izquierda, y con la derecha, el pato muerto. Así me puse detrás de ellos y les seguí los pasos.

La primera vez que arrojé una piedra debí escribir un artículo en represalia por mi mala acción. La segunda vez que arrojé una piedra rompí el cristal de una ventana y tuve que sufrir los golpes del profesor. Esta tercera vez tuve que manejar una piedra bastante pesada y pensé varias veces: la tiro o no la tiro. Había gritos crueles que atormentaban mi ser. Las luces de las lámparas de la calle amarilleaban y me entraba el deseo prohibido. Si hacía volar la piedra, y si por casualidad caía en la cabeza del profesor o de la bella estudiante, ¿qué pasaría después? A ti seguramente que te iba a doler e irías luego a la policía. El señor policía te daría una linterna y te dejaría regresar a casa para coger dinero y curar las heridas en la cabeza del profesor y la estudiante. Y si las heridas se habían curado, todo bien; pero si quedaba algún rastro, tú difícilmente hubieras alcanzado la tranquilidad el resto de tu vida. Pensando las consecuencias graves, mis dedos se relajaban y soltaban la piedra. Pero para las personas que están enamoradas, no hay nada que temer. En realidad, ellos parecían estar interpretando una obra de teatro y yo era el único espectador. El cielo se había cubierto de nubes negras y la niebla era tan densa que desfiguraba la luz que desprendían las farolas. La luz amarilla era incapaz de atravesar la espesa niebla y todas las figuras se diluían. En ese momento, los tordos cantores estaban en la casa del viejo ejercitando sus gorgoritos. Bajé de repente la cabeza y me di cuenta de que en mi mano derecha tenía una piedra y en la izquierda una libélula. En la silla, el profesor y la estudiante se enroscaban el uno con el otro, sobándose y haciendo Dios sabe qué tipo de guarrerías. Pero ella lanzó de golpe un grito de desesperación. El profesor respiraba con dificultad y masculló algo breve y con una gran ansiedad. Volví a agarrar la piedra y a apretarla con fuerza. Alcé mi mano y volví a sentir un fuerte dolor... Esa mujer que vestía con una falda larga de color negro parecía un murciélago enorme detrás de los árboles y parecía además que de un momento

a otro iba a echar a volar. Ella apestaba de hecho a perfume —un perfume que llegaba hasta los dos orificios de mi nariz—. Sobre mi mejilla izquierda sentí cómo ella me daba un bofetón contundente. La piedra se soltó de mi mano y fue a parar a mis pies. Yo parecía un mono dando saltos que nadie podía, en realidad, percibir con claridad.

A mí me escocía la mitad de la cara, agarré la libélula y me fui detrás de la mujer. La falda larga y negra se le abría en dos partes a la joven y mostraba un culo ancho y generoso. Avanzaba sobre el caminito empedrado con losas octogonales de cemento. En ese momento, las nubes negras del cielo se habían apartado a un lado, se había levantado una brisa fría y se había formado una niebla no muy densa. La luna ya brillaba poderosamente colgada del cielo. Una luz cálida iluminaba el espacio y veía con claridad sus piernecitas delgadas pero musculosas, que se movían muy rápidamente y resonaban sobre el pavimento; y al ritmo ligero de la música, yo olvidaba el desvarío que estaba sucediendo con los amantes. Los oía lejanamente, así como oía el sonido de los cascos de los caballos..., y era un potro negro galopando sobre el camino de las losas azules que hay delante del *yamen* del *xian* de Gaomi. Oírlo me excitaba y me azoraba, pero también me hacía tomar mis precauciones, como un padre que coge en sus manos el recién nacido que le da la madre.

Perseguía a la mujer que vestía de negro, pero los ojos que había en mi cabeza veían el potro negro de Gaomi, cuyas pezuñas eran de color púrpura. Sus cuatro pezuñas parecían en realidad cuatro rosas y su cola se desplegaba como la de un pavo real. Así de alegre y suelto corría el potro. Corría sobre las losas convexas y asimétricas, unas losas azules que brillaban con fuerza. Algunas de ellas estaban agrietadas y entre las ranuras se veían crecer flores blancas, azules como el cielo o doradas. Sobre el camino de losas se oían con contundencia los galopes del potro, que agujijoneaban mi corazón. A los dos lados del camino había casas cuyas tejas empezaban a desmoronarse y crecían hierbas en ellas. Las cacas de las golondrinas colgaban de

las tejas ya que había muchas golondrinas que —con su plumaje negro— volaban por encima de las casas. Las paredes de las casas se llenaban de hierbajos de todo tipo y salamanquesas.

El caballo verde galopaba delante del *yamen* —la antigua residencia gubernamental— de Gaomi y sobre las losas, cuando el sol estaba en lo alto, y el sonido de los cascos al golpear el suelo...

El caballo de oro galopaba delante del *yamen* de Gaomi y sobre las losas, cuando el sol estaba en lo alto, y el sonido de los cascos al golpear el suelo...

El caballo amarillo galopaba delante del *yamen* de Gaomi y sobre las losas, cuando el sol estaba en lo alto, y el sonido de los cascos al golpear el suelo...

¿Qué quieres hacerme?, me preguntó con un tono de voz severo la joven de negro, que había dejado de caminar, delante del tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, y parecía uno de esos pinos que hay en el parque del Memorial a los Mártires de la Revolución.

La música conmovedora del tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico y las luces brillantes salían expelidas de las ventanas. Yo olí el perfume que desprendía la carne de la mujer de la falda de muselina negra. Le dije con una voz altanera: ¿Y por qué me diste una bofetada?

La mujer sonrió tiernamente y aparecieron dos de sus dientes delanteros —dientes que eran como dos porcelanas blancas—. Ella me preguntó: ¿En qué lado te he pegado?

Yo le mostré la mejilla izquierda: En este lado.

Ella cogió el bolso de mano de piel de tiburón que llevaba en la mano izquierda y se lo puso en la mano derecha. Luego alzó súbitamente el brazo izquierdo y me dio un bofetón en el lado derecho de la cara. Me di cuenta de que en el dedo anular de su mano había un anillo de oro.

¡Toma!, me dijo. ¡Y vete y no le des más vueltas!

Ella dio media vuelta y entró en el tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico. Encima de la puerta de la entrada del puesto había colgados unos globos de varios colores que

flotaban en el espacio sin orden ni concierto. Yo aún sentía en la mejilla el impacto del anillo de oro. Sentí una inmensa desolación en mi corazón y me indigné. Pero no podía odiar a esa mujer misteriosa.

La mujer se sentó en una mesa que estaba junto a la ventana. Sobre la mesa había un mantel de plástico que era blanco como la nieve. Apoyó los dos codos en la mesa y se sujetaba las dos mejillas con las manos. Los dos meñiques acariciaban el puente de la nariz. La mujer tenía otro anillo en el dedo del medio que no paraba de lanzar destellos.

Un camarero que apareció ante ella como volando y con muy buenas maneras le soltó algunas palabras. Ella no movió las manos, pero hizo una mueca con los labios por pura pereza y el camarero se fue. Tenía unos labios rojos y carnosos que armonizaban, en el conjunto de la cara, con la nariz, pero que le daban a la boca un relieve especial. Sentí que era más que probable que cometiera un error con ella, ya que mis labios secos eran incapaces de articular una palabra. Los labios de la mujer parecían los de un lechón que busca la teta de su madre cerda para chuparla, y pensé que tenía la intención de pegarlos contra el cristal de la ventana. Confundido, descubrí que yo tenía en mí algo de un depravado. Mi educación moral durante varios años se ha forjado como la de uno de esos miembros de los *bóxeres* —los rebeldes de los Puños Divinos de la Concordia y la Justicia— en la provincia de Shandong a principios de siglo, y eso ha sido, inesperadamente, mi talón de Aquiles. Esa mujer me había pegado con la palma blanda de su mano y rompió de golpe toda esa fuerza invulnerable que creía poseer en tanto que bóxer. No me lo podía creer. Sí, pensaba como un degenerado e incluso me creía capaz de cometer un crimen. Me dieron ganas de morderla y de devorarla hasta acabar con su vida. O de pegarle como solo un ser humano es capaz de pegar a una bestia. Esa mujer era, como mujer, inferior a un espíritu del agua.

El camarero se plantó delante de su mesa con un plato y una botella de soda gasificada de la marca El Océano Pacífico

que burbujeaba. La pajita que había dentro temblaba. Había un pastel de crema helado y un tenedor metálico sobre un platillo de porcelana azul de Jingtai. Descubrí que cuando la mujer cogía las cosas del plato y ponía la pajita en su boca, su cara era igual de pálida que la crema blanca del pastel. La soda subía con sus burbujas por la pajita transparente y se introducía en la garganta de la mujer. De sus ojos cayeron un par de lágrimas que parecían dos gotas de pegamento y la joven agitaba nerviosamente sus pestañas y expulsaba el resto de las lágrimas. Me recordaba al momento en que el potro agita violentamente la crin y la cola para sacarse el agua del río.

Había luchado en la Guerra Fría y me sentía excepcionalmente entristecido por lo que era mi vida. Algunas gotas de orina fría, como gotas de lluvia fría, corrieron por mis piernas. Era una noche brumosa y mi piel estaba fría, mis músculos tensos, y apenas podía doblar el cuello. El autobús se estacionó justo detrás de mí, bajo los sauces, y no tuve necesidad de girarme para saber que un grupo de chicas había salido del vehículo y se había reunido frente a él. Ellas iban a salvaguardar la moralidad pública, o bien a destruirla definitivamente... Si en esta ciudad debía o no permitirse el adulterio, eso era algo que yo pensaba seriamente. Mi compañero de clase, ese chico con gafas metálicas de color dorado, me decía: En esta ciudad solo hay dos tipos de mujeres que no tengan un hombre que haya consumado el acto sexual con ellas y, por lo tanto, el matrimonio; una es la mujer de piedra —que son las estatuas—, y la otra es la sombra de esa mujer de piedra. Sentía mucho miedo, y al mismo tiempo algo muy poco convencional para lo que solían ser mis emociones habituales, y por eso me enterneció mucho y se me cayeron unas lágrimas.

Los pasajeros que habían descendido del autobús se dispersaron en todas las direcciones. Sabía que se introducían dentro de la noche púrpura y escondían secretos, como peces que entran en un bosque —denso como una nube— que hay bajo el mar. Tres hombres y dos mujeres entraron en el bar. La mujer de la falda de muselina no se sirvió del tenedor pequeño

para comer el pastel. Simplemente le daba un bocado o lo lamía con la punta de la lengua. Ese pastel debía ser, ciertamente, muy apetitoso. Observaste que ella le daba un bocado feroz a ese pastel, lo masticaba varias veces y se lo tragaba. El trozo de pastel pasaba a través de su garganta y se formaba en ella algo muy parecido a la nuez del cuello de un hombre. Soltó el pastel y el tenedor y levantó el bolso de piel. Apartó los globos de colores que la molestaban y salió del bar-tenderete de las bebidas. Ni siquiera me vio al salir y tomó directamente la calle. Al pasar por un paso de cebra, fueron sus zapatos de tacón alto blancos los que pisaban las rayas blancas de la barriga de la cebra, y todos los que la vieron la odiaron. ¿Por qué me odian tanto? Durante todo el día, con la casete de los aullidos del lobo y los rugidos del tigre, todos los hijos de nuestra familia acaban con la enfermedad de Parkinson. Yo no pongo nunca la casete de los aullidos del lobo y los rugidos del tigre. Un sonido plañidero que ni era de un burro ni de un caballo salía de la habitación de la chica del zoo. ¡Escucha! Es el llamamiento de la cebra y del *kiang* —el asno salvaje asiático—. ¿Eres tú o yo? Por supuesto que eres tú. ¿No sabes quién es mi marido? ¿Quién es? David Sisikefu. ¿Es extranjero? Del cabo de Buena Esperanza, en una región montañosa de Sudáfrica. El apellido es *Ban* y el nombre *Ma*, que, juntos, quieren decir «cebra». De la clase de los mamíferos équidos y mide un metro y treinta centímetros y tiene el pelo de color amarillo muy pálido con tiras negras. Es un híbrido entre un caballo y un burro, es un *qilin*⁴ —uno de esos unicornios del país de Qilin—, con sus cuernos en la cabeza, y se alimenta de rosas. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Escúchalo bien! ¡Es agradable oírlo! ¿Es tu marido quien está llamándote? Es la cebra, con el asno *kiang*; es la llamada del *qilin*. Mira su color, míralo bien... Y en las aguas púrpuras crecían amapolas venenosas con sus pétalos lascivos y humedecidos de color rojo. No parecían salidos del reino vegetal, sino que eran como los labios rojos del sexo abierto de una mujer. Había mosquitos, y las hojas de hierba podridas y decadentes por el paso del frío invernal se exhibían las unas con las otras. Y como un acto supremo de

civilización, el caballo púrpura saltaba por encima de las aguas de la marisma. ¡Cebra! Sobre sus pezuñas había barro que acababa por engancharse en la parte baja de la panza. ¡Kiang! Un taxi salió volando desde un callejón oscuro y sus luces brillantes se pegaron en la piel color banana de la cebra. A la mujer de la falda negra de muselina le voló la falda y dejó al descubierto, en medio de la luz del taxi, un tanga rojo que se ajustaba a su culito estrecho y tenso. La imagen recordaba a la de esas nubes rojas del crepúsculo. ¡Perra bastarda! Sus piernas largas eran blancas como la nieve. Ella era así de alta. Ni siquiera una bailarina tenía esas piernas tan esbeltas y bellas. Y en un abrir y cerrar de ojos, los cuatro miembros del cuerpo se pusieron a flotar caóticamente con la falda de muselina negra, y la cebra emitió su bramido desesperado. El brillo de esa boca grande y de esos ojos redondos destacaba en la piel blanca de la cara de la mujer. Yo continuaba observando su tanga rojo bajo la vaporosa falda de muselina. Parecía las alas brillantes de una langosta roja cuando levanta el vuelo y se agita como un abanico. Se oía ese sonido deprimente, de fricción entre las alas, ese sonido desesperado y tenso de la langosta roja cuando alza el vuelo, y a eso se le unía el brillo poderoso y cegador. Ese es el sonido último de la langosta, su último gesto antes del último suspiro y de perecer.

Ella parecía perecer igual que ese potro púrpura, y ella desaparecerá junto con ese potro púrpura. En esos momentos, sobre las montañas africanas corría un gran número de cebras; y en los ríos cálidos se restregaban numerosos hipopótamos. ¿Quieres verlo? Te puedo llevar y no necesitas comprar un billete. Mi marido debe comer cada día cincuenta kilos de hierba, y todos ellos están más bien gordos. Soy yo quien los cuida con el máximo cuidado. Y tú, dime, ¿cómo puedes grabar en la casete todos los sonidos de los animales? Les ato el micrófono en la cola. El sol de la tarde, cuando ya empieza a anochecer, es igual de glamoroso y bello que la flor del alazor. Delante del *yamen* del *xian* de Gaomi, sobre las losas azules del camino, se oían los cascos escandalosos del caballo. Era el potro

púrpura que había salido de mamar del pecho de su madre el que corría enloquecido por las losas azules cuando asomaba el crepúsculo rojo como la sangre. El potro parecía un recién nacido. Más tarde, vi a ese potro correr sobre el camino enlosado, para arriba y para abajo, el mismo camino enlosado y largo por donde aparecían hierbas secas y que conducía directamente hacia el sur del cantón de Dongbei en la subprefectura de Gaomi, allí donde están el río fronterizo y las marismas pantanosas que se extienden por más de cinco mil *mu* de terreno. El camino que lleva al confín mismo de las marismas parece que se termina repentinamente. Junto a las aguas de las marismas crecen arbustos, y más avanzas hacia el borde de las aguas, más percibes que han crecido desmesuradamente, sin control. La hierba salvaje crece fastuosa y exuberante en esos lares. Las hierbas crecían rectas y tiesas en la pasta de fango que se formaba en las aguas. El fango recordaba a esa pasta de soja amarilla fermentada de la marca La Primavera del Viejo Caballo que hay en los potes y que se usa en Beijing. ¡Oh, oh, oh, oh, oh!... Parecía que te habías enfriado. Mi enfriamiento, ¿tiene algo que ver contigo? Cuando te sacias, no pasa nada si te vas a la habitación y te pones a cascar nueces. ¡Cierto! Tú te parecías mucho a una cebra con esa falda negra, tu piel blanca... ¿Una cebra?... De su expresión facial salieron unas palabras definitivas: África... está muy lejos... Mi marido siempre me llevaba un día hasta aquí. ¿Has planeado ir a África? Lo he planeado. Hoy se me cayó un diente. ¿Me dices cómo sucedió? ¿Sabes cuántos dientes tiene una cebra? El potro de color rojo púrpura lanzó su relincho y en las tierras encharcadas florecían las flores acompañadas de los mosquitos, que desprendían el aroma de mujeres bellas —ese mismo aroma femenino que despier ta el deseo carnal—. Había grandes hojas verdes que flotaban sobre las aguas de las marismas. Esas hojas eran amarillas y sólidas. Había además flores rosas que colgaban de los árboles como espigas. Este potro —o ese otro potro, o el potro sagrado— difícilmente (o con muchas dosis de romanticismo) atravesaría y superaría esas marismas que los ancestros habían

atravesado y superado varios cientos de años atrás. La encantadora luz del sol de ese momento bañaba el cuerpo del potro y brillaba como el oro y como una flor recién salida. Las huellas del otoño aparecían en todas las partes de las marismas de manera obscena.

En la orilla opuesta asomaban los diez mil *mu* de sorgo, al que llaman «el extenso y enrojecido océano de sangre», que había en el *xiang* de Dongbei en Gaomi. Al verlo, parecía una nube roja. Al potro le hacían parpadear los ojos los colores vivos que tenía ante él. Al ver el rojo escarlata del día, al ver el rojo oscuro de las marismas, al ver el rojo fuego del sorgo de la orilla opuesta, al potro se le abrían los ojos, que eran azules y claros. El potro ensayaba sus pasos sobre las aguas de las marismas. Una mujer joven con pantalones remangados, chaqueta floreada, pechos abundantes y trasero redondo acariciaba las piedras que habían pasado por el río. ¡Qué maravilloso! Yo había pensado muchas veces en besarte ese sol rojo vivo que es tu culo. Tu cola se levantaba, y así, levantada y suelta, parecía un haz de hilos de oro, y yo soñaba con poder besar tus pezuñitas y tus pechos, todos ellos adorables, en medio del fango rojo. Ah, ah, ah... Jengibre, necesitaba una sopa de jengibre y yo tenía jengibre en casa. ¿Has visto una cebra comer jengibre? El potro relinchaba mientras entraba en las aguas de las marismas y estas desprendían un vapor caliente y nauseabundo. *Glup, glup, glup...* ¡Y el olor a muerte y descomposición era insoportable!

Encima de los coches de policía giraba la luz roja, y todos los animales que habían nacido y vivían en la ciudad la habían oído y empezaron a temblar. La policía subía y bajaba del coche, y con sus linternas iban para arriba y para abajo. Se dispersaba la gente que salía del taxi y yo olí desde lejos el olor suave de la sangre de la joven mujer que vestía de negro. Retrocedí tres pasos y me metí en una callejuela. Y, tambaleándome, llegué hasta la planta baja de un edificio.

Al encender la luz, vi un periódico que había sido introducido por la ranura baja de la puerta, lo cogí y me puse a hojearlo. En la última página se podía leer: «La nueva función de los

ajos consiste en colgarse de los cristales de las ventanas para que se sequen. Los jóvenes trabajadores deben comprenderlo bien y ser instruidos en este tipo de técnicas modernas, y, por supuesto, sacar provecho de ellas... Una mujer que estaba orinando encontró un diamante en su orina... Ha sido robada una figura de oro de Jiang Taigong⁵ pescando en el río Wei... ¡El distrito de Dongbei en Gaomi sufre una plaga de langostas!».

Me detuve en esta última noticia —la que había escrito el gran reportero y corresponsal Zou Yiming— que sonaba como una auténtica profecía: «La plaga de langostas se debe a la constante y ya larga sequía que azota el cantón de Dongbei en Gaomi; y se calcula que hay entre ciento cincuenta y doscientas langostas por cada metro cuadrado. El autor lo ha visto con sus propios ojos. Parecían granos de soja sobrevolando los prados y las mieses y convirtiéndolos a su paso en tierra amarilla. Los ancianos que tienen experiencia en este tipo de cosas dicen que se trataba de langostas rojas muy jóvenes, pero que han crecido muy rápidamente y que ya pueden volar por sí solas cuarenta días después de su nacimiento. Y no solo el *xian* de Dongbei en el *xian* de Gaomi se verá afectado; esta catástrofe reventará el cielo y arrasará con la tierra. Según se cuenta, cincuenta años⁶ atrás, esta tierra ya sufrió una plaga de langostas, que mordieron hasta las ramas de los árboles. Después de la plaga, el pueblo, hambriento, tuvo que comerse los cadáveres».

Ayer noche, yo tuve que sufrir el bofetón. Tras perderme en los pensamientos del potro de las marismas, leí las noticias sobre la plaga de langostas rojas en Dongbei (Gaomi). Ayer por la tarde, yo atravesaba el tubo grande, con sus losas octogonales y embarradas, que estaba frente al tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, y me dirigía al bosquecillo donde había colgadas de los árboles las jaulas de tordos cantores que poseía el viejo. En el tubo habían crecido varias flores de terciopelo, erizadas y rojísimas —las que suelen llamar «las flores de la cresta de gallo»—, sobre las cuales había algunas perlas blancas. Y el tanga rojo y los labios rojos de la mujer bella de la falda negra, y su sangre roja y la luz roja del coche de policía, y, además,

el resonar de los cascos del caballo sobre el camino enlosado. El tordo loco me vio llegar y empezó a agitar las alas rojas como la sangre. Abría el pico y sacaba su lengua puntiaguda, y me cantaba. Yo no tardé en saludar a los tordos y miré con cara larga al viejo, cuyo semblante había enrojecido. Le di el periódico de la tarde donde estaban las noticias sobre la plaga de langostas. Y al mismo tiempo, él me dio exactamente el mismo diario.

¡Langostas rojas! El viejo parecía hablar como uno de esos personajes famosos cuando tienen miedo de algo y se confiesan. ¡Langostas rojas!

Sus ojos brillaron y lanzaron destellos. Las langostas rojas parecían provocar en él mil demonios, y yo me acordé inmediatamente de cuando me dijo que cincuenta años atrás tuvo que dejar su terruño natal y convertirse en un vagabundo en la ciudad cuando se produjo la devastadora plaga de langostas rojas. La escena de la destrucción de las langostas parecía pasar ante sus ojos como si la estuviera viendo ahí mismo. Por eso parecía aterrorizado e intranquilo. El viejo empezó a describirme ese escenario. Yo pensé en la libélula que tenía en la mano derecha y en cuando vi las imágenes de las langostas rojas en la planta baja del edificio de quince plantas donde me encontraba. Después de leer las noticias, descubrí que la libélula seguía atrapada en mi mano y la solté, pero su cuerpo estaba ya podrido y lo corté con una navaja. Su cuerpo parecía una bala y estaba lleno de celdas. Ya no se movía.

Había una diferencia entre la plaga de langostas rojas de hacía cincuenta años y la de ahora: en aquella plaga se vio involucrada, según sabía yo, mucha más gente. Y yo, a pesar de creer en la ciencia y en sus avances, también era muy supersticioso. Creía en la historia, pero también creía en las leyendas. Ya que a las tres de la tarde yo debía coger el tren para Dongbei en Gaomi —y ya que durante ese período solía sentirme también más tenso de lo normal—, le pregunté al abuelo: Abuelo, esta tarde regreso a casa. ¿Le pasa algo? Y el viejo me respondía melancólicamente: Si me muero, llevas mis huesos a nuestro terruño para depositarlos ahí. Es una pena que todavía no me

haya muerto... Le dije que sabía que era de Dongbei en Gaomi, pero que no sabía de qué pueblo era exactamente. ¡Era del paso de Liusha («el paso de las arenas movedizas»)! ¡Oh, del paso de Liusha! Al norte del río y a un *li* de distancia de mi pueblo... Pero no sabía que en el paso de Liusha estaba viviendo o había vivido algún ser humano... Hace cincuenta años que no he vuelto y creo que todos los lugareños ya han muerto. Tenía cincuenta años cuando me convertí en un vagabundo y todavía me acuerdo de que en vuestro pueblo había un par de templos. En el este estaba el templo de las Langostas y en el oeste, el templo del general Liu Meng.

¡Adiós, abuelo! Ansioso, quería ir al instituto para las investigaciones relacionadas con las langostas y los saltamontes y me despedí del viejo. Y el viejo me dijo: En realidad, tanto si te vas como si no, es lo mismo. Esto es por el Dios de los Insectos. Nadie puede gobernarlo ni controlarlo. Habrá de nuevo cuarenta días más. Volarán hasta la ciudad y tú no te irás tan lejos como para no verlas.

Los miembros del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas me recibieron y yo les expliqué lo que estaba pasando. Uno de ellos me dijo que una expedición de científicos se había dirigido ya a Dongbei, en la parte noreste de Gaomi. Camarada, ¡llegas tarde!, me dijeron.

Yo me sentí muy feliz y muy conmovido tras oír esas palabras. Entré en la biblioteca del instituto de investigaciones y leí un libro titulado *Langostas*. Veía las ilustraciones mientras comía. Le compré a mi hijo cuatro galletones de cebolla verde y me los puse bajo el sobaco. Cerré el libro y pasé rápidamente por el paso de cebra que había en la calle. Se oían los cláxones de los coches. Alcé la mirada y vi un *jeep* con varios militares que se dirigía hacia mí. Vi a un joven indignado que sacaba la cabeza por la ventana y me insultó diciéndome que era un saltamontes de tierra. Me dijo además que me iba a lanzar una piedra y me iba a aplastar. Yo me limité a sonreír y pensé que una langosta era un saltamontes y un saltamontes era una langosta al fin y al cabo. Lo pensé la pasada noche con la

joven estudiante que estaba magreándose con el profesor de pelo plateado en el banco verde; pero pensé en ella en una escena adorable de un día de primavera del año pasado. La joven llevaba una camiseta de mangas cortas y en sus brazos musculosos y finos se veían las marcas producidas por el virus de la viruela bovina. Esas ampollas rojas parecían las escamas rojas de una carpa de río bien puestas sobre su brazo. Ella tenía el cabello totalmente rubio y, en esa época, el profesor hablaba a sus alumnos de que «la base familiar consistente en un marido y una mujer» era la relación «más racional y moral que podía haber entre dos seres humanos de diferente sexo». En esa época, el profesor era muy joven, no muy alto, y un pelo abundante y negro poblaba su cabeza. Tenía los dientes blancos y bien puestos. Tenía encanto y una apariencia y unos gestos muy naturales. Tenía además mucha labia. La estudiante se sentaba en los pupitres de la primera fila, muy cerca del profesor. Si el profesor había comido ajos, el aliento llegaba directamente a la cara de la estudiante. Ella no quitaba nunca los ojos del profesor. Todas las estudiantes respiraban hondamente y lloraban. A algunas se les ponía incluso cara de fantasma. Ella, cansada, se estiraba y alzaba los brazos. Los granos rojos que habían salido en su cara parecían los granos de los frutos del espino chino. Le asomaban los pelos negros de los sobacos y cada vez que se estiraba así sus dos pechos parecían dos pajaritos negros a los que el profesor había apuntado con el fusil y no les quitaba los ojos de encima. Al día siguiente, el profesor llevó a su hijo a clase. El niño tenía la cabeza enorme y el cuerpo muy pequeño y delgado. ¡Hubo uno de mis compañeros que dijo que el hijo del profesor parecía un saltamontes de montaña! Y yo pensé: ¿Cómo puede ser que el hijo de un personaje tan ilustre como nuestro profesor se parezca a un saltamontes? Había visto las ilustraciones del libro *Langostas* y casi me veía obligado a admirar la comparación que había sido empleada con el hijo del profesor. El hijo se parecía, por lo tanto, a un saltamontes, y lo era en su estado previo, antes de formarse totalmente. Por eso era tan cabezón y tenía un cuerpo tan

pequeño, y daba saltitos con cara de estúpido. Abría la boquita y absorbía el agua de golpe. Adolf Hitler ¿no se parecía también a un saltamontes? Los saltamontes rojos, los saltamontes verdes y muchos otros saltamontes son denominados habitualmente langostas, langostas rojas, langostas moteadas, langostas migratorias del Este, langostas púrpuras de África, que son las langostas del desierto... ¿No pensabas hablarme de una cebra? Tú emitías un olor fuerte a caballo. ¿No lo hueles? Asustada, abriste bien los ojos de forma extraña.

¡Un destello de luz! ¡La madre que te parió! ¿Estás enfermo o qué? El chófer me dijo que tenía el cerebro de un saltamontes. Y yo, con mucho esfuerzo, dejé escapar todos los saltamontes y las langostas que había en mi cabeza. Salté hacia atrás como lo hubiera hecho un saltamontes, me adelantó el *jeep* y me dejó atrás. Olí a algo que me pareció fuerte y ofensivo, bajé la mirada y vi el paso de cebra. Había sangre roja seca emplastada en la calle y ello me hizo sonreír. Me acordé del suceso de la pasada noche. Esa joven misteriosa que vestía de negro, cuando pasaba ligeramente sobre ese mismo paso de cebra y su falda se levantaba y se veían sus piernas blancas como la nieve, cuya luz podía matar a un hombre con tan solo vislumbrarlas. Ella también parecía un saltamontes, o mejor, una langosta. Sí, una langosta negra con alas rojas y brillantes. Yo, en realidad, lo sentía mucho por ella. Los dos bofetones que acababa de arrearme me habían matado. O no, ¡ella se había matado a sí misma! La policía me preguntó atropelladamente: ¿Es tu esposa? No, ella no es mi esposa, dije, y me escapé, rápidamente. En ese momento me vino de golpe a la cabeza: en una noche de lluvia torrencial, cuando iba borracho y me caía en la calle, parecía como si esa mujer me hubiera llevado a ese lugar, que era su lugar, y que me hubiera ayudado a lavarme y a sanearme para que nos acostásemos juntos. Seguro que era ella, y yo lo había olvidado, por eso me abofeteó. Tal vez porque yo la había visto morreándose con el profesor detrás del bosque, a oscuras, me odiaba y me abofeteó. Y si fue por eso, yo solo podía decirle una cosa: ¡Bien hecho, bien hecho!

Olía a sangre negra y sentía terror caminando sobre el paso de cebra. Sentía que la vida en esta ciudad, cada segundo que pasaba en ella, era como vivir en una constante desazón. Había saltamontes por todas partes y yo también me había convertido en un saltamontes. Quería huir de esta ciudad, comprar un billete de tren y volver a mi pueblo. Si no había litera, compraría un asiento duro (silla de madera); y si no había un asiento duro (silla de madera), compraría simplemente un billete para ir de pie en el tren, ya que quería a toda costa ver la plaga de langostas que había asolado el cantón de Dongbei en Gaomi, donde no llovía desde hacía tiempo.

II

CINCUENTA AÑOS ATRÁS, el Noveno abuelo tenía treinta y seis años, y su hermano mayor, el Cuarto abuelo —el cuarto *laoye*—, cuarenta años. El Cuarto hermano era médico, pero de la medicina china. Hoy día, a los noventa años, tiene todavía una vida próspera y llena de salud. Es la única persona que queda viva que pudo ver con sus propios ojos la plaga de langostas de Gaomi. Ese día fue el octavo día de la cuarta luna según el calendario lunar —el mes en el que se entra en el verano, el mes que empieza a ser más cálido, cuando florecen los ciruelos, los jinjoleros, y aparecen las serpientes—, y el Cuarto abuelo —el cuarto *laoye* de mi clan— iba a ver, temprano por la mañana, a un enfermo de malaria. El abuelo, que iba montado en un asno de pelo gris, vestía una chaqueta fina de algodón y llevaba en la cabeza un gorrito de piel con la forma de un melón, sobre el cual había la típica borla lanosa de color rojo. También llevaba unos pantalones de algodón finos y calzaba unas zapatillas de tela. El Cuarto abuelo se iba a servir de doce agujas de plata para «coser» al enfermo de malaria. El enfermo tenía entre las dos cejas una peca que había crecido. Los pacientes que recibían al Cuarto abuelo le ofrecían habitualmente fideos largos para comer y licor de sorgo para beber, pescado asado, peras avinagradas y gambones en salsa blanca con cebolleta verde.

Tras saciarse con tanta comida y bebida, después de tratar al enfermo, el Cuarto abuelo montó en su borrico y, mareado desde que salía el sol, se trasladó hacia su casa e intentó pasar el día como pudo. El borrico solía tomar los caminos estrechos y sinuosos que habían sido trazados en los campos, donde hacía tiempo que no llovía. La tierra del camino era dura por la sequía persistente y no era fácil para un animal avanzar cómodamente sobre ella. El Cuarto abuelo se dirigía al norte por el oeste de los cinco mil *mu* de las marismas enlodadas y brillantes, ya sin apenas agua, con su fango enrojecido y la superficie plana. Veía cómo caminaban con mucha dificultad las garzas sobre el barro y ello provocaba cierta angustia en el abuelo. El otoño del año pasado, las marismas estaban llenas de juncos, cañas y hierbas secas, pero todo ello verdeaba y alcanzaban, al menos, medio *chi* de alto. Los pájaros blancos como la nieve sobrevolaban el área y parecían bolas de algodón.

Y fue cuando el Cuarto abuelo quería defecar junto a las marismas que descubrió ante sus ojos una langosta en la tierra. El borrico se negó a seguir caminando y todavía no era el mediodía. El aire se había calentado sobremanera y una luz blanca flotaba sobre la tierra negra y seca. Tanto las cosechas como los hierbajos estaban ya medio muertos. El Cuarto abuelo vio que las espigas estaban tan delgadas que parecían los pelos de las cabezas de los muertos. La tierra negra de la superficie crujía cuando se la pisaba y se troceaba. Parecía que la tierra desprendía humo en vez de polvo cuando se la pisaba, ya que olía a algo muy parecido. No había nadie, ni cerca ni lejos. El Cuarto abuelo se levantó la bata, se desató el cinturón y se agachó para cagar.

Después de estar cagando un buen rato, todo el mundo de ese *cun* lo supo. El Cuarto abuelo creía que agacharse para cagar entre las hierbas era un auténtico placer y era algo que no podía olvidar. Siempre que cogía el borrico y se iba a los prados, le entraban ganas de cagar y se paraba en ellos. Al Cuarto abuelo también le gustaba criar pájaros. Él no criaba tordos, pero se dedicaba a las alondras. Esos pájaros no cantaban, por

supuesto, como los tordos. El Cuarto abuelo cogía siempre que podía su mierda y la convertía en alimento para los pájaros. Cuando defecaba, cerraba los ojos e inclinaba ligeramente la cabeza para oír el rugido suave del viento sobre las espigas. Escuchaba también el vapor que desprendía la tierra y calentaba su trasero. El Cuarto abuelo elegía unos días especiales en una estación determinada para ir a cagar al campo y ello tenía necesariamente una explicación. El hombre conocía los asuntos del *yin* y el *yang* y los cinco *xing* o troncos celestiales, como en los principios que rigen el frío y el calor. Sabía que en primavera era el principio masculino del *yang* que predominaba y el femenino del *yin* disminuía. El sol brilla con intensidad pero no hierde, y por eso cagar en los campos es bueno en esa estación, ya que sirve de abono. En los días de verano, el calor crea una humedad en el ambiente que atrae moscas y otros insectos y eso no es bueno para la salud. Los días de otoño en Gaomi, al contrario, ayudan a revigorizarse y son los más sanos del año. El viento dorado sopla sobre las aguas de los estanques y también era, en un principio, una buena estación para ir a cagar al campo. Pero la situación de las marismas al sur de Dongbei en Gaomi, el gran río al norte, los prados de hierba al este y la vertiente en el oeste hacen de ese lugar algo único, y cuando llegan las lluvias del otoño, se forman torrentes de agua y numerosas inundaciones. En diez días de lluvia constante, las aguas del río se desbordan, y tanto las marismas como los campos de hierba, como el área de la tierra hundida, se ven inundados por agua que llega a alcanzar un *chi* de altura. El pobre Cuarto abuelo solo puede cagar sobre una inmensa charca y ello no le resulta agradable. En invierno, el viento sopla demasiado frío y cortante, el agua se hiela y el viento te corta la carne como lo haría un cuchillo. Solo un idiota iría a cagar al campo en esas condiciones.

Las alondras suelen volar en círculos y es así que se ponen a cantar. Su canto y su vuelo pueden llegar a ser tan bellos que, a quienes lo presencian, se les hace un nudo en los intestinos. Si es un día de primavera y sopla además el viento y llueve, el

canto de las alondras hace que los hombres comprendan (y sientan) lo que es el amor cruel y destructor. El Cuarto abuelo se deleitaba con el canto de las alondras. En su cabeza pasaban olas de lluvia roja y blanca que se levantaban en secreto y caían deshaciéndose en mil espumarajos. Se abrían, rojas algunas, blancas otras, o de puro oro, y todas ellas frescas, como recién venidas al mundo, las flores de loto. Y olas de nieve silenciosas que chocan en la cabeza, olas perfumadas, como quien llega a la condición de un Buda... Cada vez que el Cuarto abuelo me contaba que iba al campo para cagar, me daba a entender que ese momento era maravilloso, y yo lo asociaba con la experiencia de los monjes ascetas de la India o los monjes budistas en China. No solo ponía el corazón en ello, sino que ponía el alma entera. Había algo de divino y sagrado cuando el Cuarto abuelo se ponía a cagar. Todo ello es estático y todo ello se mueve al mismo tiempo. Y todo ello sirve para superar la forma previa que nos encierra para esclavizarnos y así superar el mundo de las apariencias. Todo ello para alcanzar la más alta sabiduría y la iluminación de un Buda.

El Cuarto abuelo se había agachado en los campos de cebada para poder cagar a gusto. Pero, en realidad, no solo quería cagar, sino que quería ensimismarse en los más altos y nobles pensamientos. El caos primordial había penetrado en forma circular en el cuerpo del Cuarto abuelo y sus ojos giraban extraviados como los de alguien que ha perdido la cabeza: veía los objetos que tenía delante, pero no los veía. Al depositar el cagarro, vio que se había posado sobre el fango rojo oscuro pero muy vivo de la superficie seca de la tierra. Había quedado erecto e inmóvil como una estatua entre el cielo y la tierra. Más a lo lejos, entre el pasto plateado chino que había crecido en las marismas, las alas de un par de francolines que mero-deaban por el lugar parecían estar enganchadas a cuerpos que apenas pesaban, y esas aves levantaban de esa manera el vuelo. Las motas blancas las embellecían, y los trazos negros y amarillos destacaban en el cielo. Una luz rojiza y cálida los envolvía y convertía los florines en dos fantasmas, con la forma de dos

seres disecados circulando en el aire y emitiendo sonidos. Cada francolín realizaba el vuelo del deseo del amor, un vuelo ondulante y nervioso, y por eso emitían esos trinos. No podía olvidar a su hermano mayor, a su querido hermano mayor... Antes de que el Cuarto abuelo descubriera la langosta roja cuando esta salía de la tierra..., escuchando los francolines en el cielo y viendo la mierda erecta e inmóvil sobre el fango rojo..., ¿en qué podía pensar? Pues pensó en el *cun* del paso de Liusha (el hogar de los tordos que había en Beijing). La joven inteligente y viva que estaba apoyada en el portal de la entrada —o que daba, mejor dicho, unos pasos y volvía a apoyarse en el portal— llevaba una pajita en la boca. Su cara era del color de una estrellita de agua o ninfa, y sus dos ojos eran como estrellas en una noche nublada de primavera, tan brillantes como dos gemas preciosas, igual de ambiguas y feroces que unos rayos de luz. Ello estaba en los recuerdos del Cuarto abuelo: ella siempre vestía con un pañuelo rojo cinabrio —el color rojo de la Revolución—. Durante la Revolución Cultural, en la pared de mi casa había un cuadro que se había hecho muy popular en las casas chinas. Sobre el cuadro había una joven con un pañuelo rojo cinabrio, como los farolillos rojos que colgaban de las calles. Con los ojos bien abiertos y rasgados, y unas mejillas aterciopeladas como melocotones maduros, y el pecho derecho..., o izquierdo, muy puntiagudo. El Cuarto abuelo, con el cayado lleno de nudos y ampollas en la mano, dio media vuelta y se fue a mi casa para beber té. La luz amarillenta que daba la lámpara de queroseno iluminaba de lleno los muros negros y sucios de mi casa y llenaba de luz la habitación. Al otro lado de la ventana sonaba la música taciturna y triste del otoño. Los gatos se habían posado sobre las tejas escalonadas de la casa y maullaban de tal manera que parecían pájaros agonizando. Se les oía caminar por encima, con sus pasos ligeros pero perfectamente audibles. En Dongbei (Gaomi) no crecía originalmente nada de bambú, pero fue el Noveno abuelo quien plantó, vete a saber por qué, algunas cañas de bambú en Dongbei y luego en el patio de mi casa, en cuyo lado norte está el pozo de agua, en

el oeste las tinajas con todo tipo de cosas dentro, en el este los nidos y en el sur las ventanas de mi casa. El viento del otoño sacudía las hojas que colgaban de los troncos del bambú y los pájaros que ahí se posaban y cantaban, incluso anidaban, salían asustados y se los veía además con los granos amarillos en el pico posándose en las ventanas y jugueteando en las sombras que proyectaban sobre el suelo las cañas de bambú. El Cuarto abuelo le dio un sorbo al té, clavaba la mirada en la pared, le temblaban los dedos de la mano, se mordía los labios, fruncía el ceño y entornaba los ojos. Su rostro mostraba así un sufrimiento contenido, como cuando vas a estornudar. Nosotros nos moríamos de miedo y creíamos que al Cuarto abuelo le había poseído un demonio. El Noveno abuelo —el noveno *laoye* de mi clan— se puso de pie para beber su té adoptando la actitud y la pose de un gallo peleón. Le dio unas palmaditas al Cuarto abuelo para cambiarle la cara grotesca que ponía. El Noveno abuelo se puso detrás del Cuarto abuelo y clavó sus ojos en él, indignado y decepcionado. Le dio al Cuarto abuelo una colleja sonora en la nuca y se puso a reír a carcajadas: Mi querido Cuarto hermano —le dijo—, ¿te has hecho viejo, pero sigues siendo un diablo! Todavía tenemos cuerda para rato... Y el Noveno abuelo se explicó. El Cuarto abuelo vio el cuadro que estaba colgado en la pared y lo bajó. Al hacerlo, se acordó de su juventud, cuando él también vestía con ropas rojas. Ella parecía todavía más inteligente que la mujer del cuadro.

El Cuarto abuelo se sacó los mocos de la nariz y dijo, indignado: Viejo Jiu, eres un inconsciente. Si pudiera, ¿te cortaría en trozos, diablo!...

La gente que se quiere hacer comprender —sobre todo con lo que piensa por dentro—, lo cuenta todo inmediatamente.

En nuestro clan, el cual cuenta con muchos miembros, el ambiente que reina suele ser distendido y armonioso. Incluso si es por un período breve de tiempo, cuando el Cuarto abuelo y sus hermanos se sientan para comer juntos, todos ellos se sirven de las manos para sujetar los palillos como debe hacerse, pero los sujetan con fuerza, como quien sujeta una pistola

y va a disparar a alguien. Pero incluso en esas circunstancias, el ambiente seguía siendo distendido y armonioso entre todas las partes. Los viejos tampoco son pocos en estos lares y suelen hacer bromas con los ellos mismos y su manera ridícula de vestir y actuar. Nadie se siente, por tanto, incómodo por ese tipo de comentarios. Esa es la razón por la cual la cara temblorosa del Noveno abuelo podía decir lo que quisiera, ya que el Cuarto abuelo no se molestaría: los dos se conocían y el Noveno abuelo sabía que, en su juventud, el Cuarto abuelo había demostrado tener un talento poético considerable. El Cuarto abuelo le miró, sin embargo, con unos ojos llenos de odio y, tras amonestarle, suspiró hondamente, y se secó las lágrimas blancas, que eran como perlas que habían salido expelidas de sus ojos tras la colleja. Luego esbozó una sonrisa triste y excepcionalmente ancha y falsa. Yo me acordé en ese momento de los cinco mil *mu* de barro rojo de las marismas en el sur del *cun*.

El Cuarto abuelo dio un sorbo, dejó el tazón de té sobre la mesa y recogió el cayado porque quería regresar a su casa. La hermana mayor de mi tío, que tenía más de ochenta años, igual que su hermano, propuso darle al Cuarto abuelo el cuadro que había en la pared y permitirle que se acostase en la cama que había junto a la ventana. Ella, lo que decía, lo hacía; así que se fue a la pared y descolgó el cuadro de la joven mujer revolucionaria. ¿Quién sabía que fue mi madre quien había puesto ese cuadro en la pared y lo había hecho de una manera que era casi imposible sacarlo de ahí? Mi hermana pequeña —mi *meimei*— intentó descolgarlo tres veces y no pudo. A la cuarta, rompió el dibujo de la joven revolucionaria vestida de rojo en dos partes. Lo partió exactamente por la mitad de los dos pechos de la mujer, lo que provocó las risas de todo el mundo. Mi hermana pequeña dijo: La he destrozado... Aún más, le he destrozado las tetas... ¡El Cuarto abuelo será incapaz de mamar de sus pechos! Y todo el mundo se puso a reír otra vez. Mi tía Qi —la Séptima tía— se tiraba pedos siempre que se reía a carcajadas. Y todos volvieron a reírse cuando oyeron los pedos de la tía. El Cuarto abuelo quería golpear a mi *meimei*

con el bastón de madera. Mi tía Liu —la Sexta tía, la que era la mujer del hermano menor de mi padre— dijo: Cuarto abuelo, usted, que es ya uno de nuestros venerables ancestros, váyase a dormir y que tenga buenos sueños. ¡Si no, va a acabar disparando a la chica del cuadro!

Yo ya lo tuve suficientemente claro con la explicación y con suficientes pruebas: las gentes de Dongbei en Gaomi comen mucha comida cruda, y por eso, cuando defecan, sus heces son tan ricas en fibra y son muy parecidas a la paja seca. Es por eso que, cuando las gentes de Dongbei en Gaomi se ponen a cagar, tienen la impresión de estar expulsando por el orificio un palo de madera o algo parecido. Yo hacía tiempo que había olvidado este hecho tan importante para comprender a mi gente. Después de cagar, a las gentes de Gaomi se les dibuja una expresión facial de gran felicidad, ya que la experiencia no les resulta fácil. Se sienten, en realidad, mucho más aliviados. La vida es mucho más bella para ellos, como así lo expresan repetidamente tras defecar. Se sienten como flores que acaban de abrirse y encaran la vida por primera vez. Cuando la traviesa de mi hermana pequeña se quedaba sin dinero, escogía siempre a su padre. Mi tío Ba —el Octavo tío—, en el momento preciso después de defecar, se quedaba siempre quieto por unos minutos porque pensaba que ese era un momento único en el día —un momento para deleitarse y amar la vida—. Cagaba siempre en un lugar especial, un lugar que acabó siendo el del clan de los cagones que no hacían olor. En la vida de la ciudad apestosa y de cielo negro, yo sufría todo tipo de experiencias cuando tenía que defecar: sentía como si cagase cañas de bambú, de esas que cortan como cuchillos. En la ciudad, todos los hombres y las mujeres tienen el ano endurecido con sedimentos calcáreos, como esos tubos de agua de los lavabos y los grifos que se tienen que reparar. Yo me puse a pensar en el tubo de cemento donde oía resonar los cascos de los caballos, ya que ese tubo era como un inmenso ano. Pensaba también en los cagones sin olor y, al mismo tiempo, pensaba en mi querido y adorable terruño. Fue así que comprendí por qué el viejo de los

tordos cantores quería volver a su terruño —su amado *xiang*— cuando muriese.

Cincuenta años atrás, la comida de las gentes del *xiang* de Dongbei en la subprefectura de Gaomi era más bien comida cruda o poco preparada, no tan cocinada como ahora, y es por eso que defecaban unas heces ricas en fibra y no eran como las heces de hoy, tan blandas como la pulpa de los melones maduros. A fin de cuentas, esa era gente de su tiempo. La mierda que había quedado a la vista de todos entre las espigas de cebada parecía sin duda alguna una de esas bananas de importación que llevan una pegatina encima y cuelgan en ristras. Después de que depositara esa «banana», el Cuarto abuelo avanzó unos pasos. Y el olor casi imperceptible de los tallos delgados de cebada entró en la nariz del abuelo, desde lejos, y no le agradó por su suavidad y frescura. Las perdices echaban a volar en parejas, y tanto su vuelo como su canto eran agudos y afilados y sumían a la gente en profundos pensamientos sobre la vida y el destino. Y fue justo en ese momento cuando el Cuarto abuelo vio el espectáculo extraño de una langosta saliendo de la tierra árida.

El borrico de cabello gris como las tejas de las casas se puso de pie respetuosamente, abrió los ojos y vio a la derecha el gorrito cilíndrico y la borla roja encima del amo que estaba entre las espigas de cebada y, a la izquierda, las aves blancas y zancudas, aves silenciosas y de plumaje brillante, que pululaban por las marismas.

Fue así que el Cuarto abuelo vio la langosta roja ante sus ojos, y así nos lo contó una y mil veces, y con todo lujo de detalles. La tierra ennegrecida entre las espigas de cebada se veía cubierta por una costra blanca y espesa como una plancha de sal, y así apareció de repente ante los ojos del Cuarto abuelo. Era una capa que se había levantado. El Cuarto abuelo parpadeó: era, efectivamente una capa blanca que se levantaba lentamente de la tierra firme y plana. Una cosa roja y convexa que parecía la boñiga de una vaca apareció delante. La costra blanca y espesa que se había levantado del campo de cebada parecía un sombrero de paja blanca cubriendo la boñiga de una vaca.

El Cuarto abuelo se puso melancólico y resignado, como si hubiera visto por primera vez a Buda. Él era alguien que había leído el *Tratado de herboristería para usos medicinales*⁷, con todo su repertorio de innumerables hierbas, pájaros, peces e insectos. Pero el Cuarto abuelo no recordaba haber visto nunca un bicho como esa langosta en el famoso libro. El Cuarto abuelo se echó hacia delante y acercó la cabeza para verlo mejor y descubrió que eran miles de saltamontes tan grandes como una hormiga y que se habían posado sobre una mierda de vaca. Dio tres pasos más y constató que era una boñiga de vaca bañada por una luz blanca extraña y deslumbrante. Dio otro paso, bajó la cabeza todavía más y vio miles de cabecitas moviéndose y sin saber quién era una o la otra. El Cuarto abuelo veía crecer e hincharse los saltamontes, los cuales parecían pequeñas nubes haciéndose cada vez más grandes. El abuelo se quedó mirándolos con la boca abierta y se sentía perdido. Miró, confundido y asustado a su alrededor, por si había alguien a quien poder anunciárselo, pero los campos y las marismas estaban vacíos y no había, por tanto, nadie con quien hablar. A lo lejos estaba el río ondulante y sinuoso, cuyas aguas plateadas se contornaban como una serpiente por la tierra plana. Había una luz incandescente que parecía ser fuego, y en el cielo, las aves y, sobre todo, las garzas blancas. En tierra firme, estaba clavado el asno, tan rígido e inmóvil que parecía el cuerpo de un animal que había muerto desde hacía muchos años. Viendo lo que veían sus ojos, el Cuarto abuelo rugió: ¡Saltamontes!

Pero no se oía ninguna otra palabra más que la suya. Se oía solamente la murga de esos insectos haciéndose cada vez más grandes, como flores que se abren y crujen cuando lo hacen, o el sonido de la paja cuando se dobla. Miles y miles de saltamontes volaban por las cuatro esquinas del cielo. Parecían dar cien movimientos en el cielo por cada segundo que transcurría en el reloj. El Cuarto abuelo aplastó uno en su cara. Había algunos que saltaban, otros se subían por todas partes. Otros saltaban y subían al mismo tiempo. Al Cuarto abuelo le hacían cosquillitas en la cara y él intentaba quitárselos de

encima dándose palmaditas. Las langostas tenían unos cuerpos blandos y flexibles; y con solo golpearlas, se aplastaban inmediatamente. Pero al Cuarto abuelo se le pegaban en la cara y no podía sacárselas, incluso cuando las aplastaba. Muchos de esos saltamontes ni siquiera sobrevivían unos minutos en esta tierra y se convertían en cuerpos sin vida. El Cuarto abuelo los recogía con las manos como quien recoge granos de trigo del suelo. El Cuarto abuelo oía el chirrido de las langostas y un pensamiento osado aparecía en su cabeza al igual que aparece el planeta Marte —el planeta rojo, el planeta de fuego— en el cielo. Esa idea, no mucho tiempo atrás, lanzaba destellos, y fue gracias a ese planeta Marte, ya en su cabeza, que el Cuarto abuelo realizó cosas muy importantes. Su cabeza se convertía, en realidad, en ese astro rojo y dominante que tanto lo influenciaba. Todo eso fue algo que, por supuesto, pasó mucho después. El Cuarto abuelo se ató los pantalones con el cinturón y se dio prisa por tomar el camino; y al atravesar los campos de cebada, los vio a este y oeste. Por todas partes era como si hubiesen crecido setas, o como langostas reproduciéndose en mierdas de ganado y formando capas blancas de una gran extensión sobre la tierra negra. Así era, una explosión de chirridos y zumbidos que reventaba todo, absolutamente todo. Sobre la cebada y sobre la hierba negra había motones de langostas moviéndose de un lado para otro y encaramándose y posándose en ellas secretamente. De hecho, esas pequeñas cosas que eran tan pequeñas habían nacido muy espabiladas. El Cuarto abuelo observaba minuciosamente una de esas langostas, que se había posado sobre su dedo pulgar. Era tan pequeña, pero tan bien formada y tan compleja en su constitución, que solo Dios podía haber creado una cosa así. El Cuarto abuelo sentía cosquillitas en todo su cuerpo. Los saltamontes corrían por su cuerpo y el Cuarto abuelo intentaba sacárselos de encima, pero al final resultaba imposible. El asno oyó los pasos, abrió los ojos y movió la cola. El Cuarto abuelo le gritó: ¡Es la destrucción final! ¡Los saltamontes divinos han venido!

En la fosa que había junto al camino se había posado una langosta de boca grande que se había hinchado tanto que parecía que iba a explotar. El Cuarto abuelo se agachó, extendió el brazo y la cogió. Al hacerlo, le dio la impresión de que cogía el pecho de una mujer, ya que era carnoso pero algo flácido, y pesaba en la mano. Tras coger la langosta gigante, el Cuarto abuelo alzó la mirada y miró el sol. A lo lejos fermentaban la tierra roja de las marismas. El Cuarto abuelo vio que el borrico contenía los nervios como podía. Tenía los ojos extraviados y no le funcionaba ninguno de sus cinco sentidos. Así lo reflejaba su cara, que estaba cubierta por los cuerpos de varias decenas de saltamontes que subían y bajaban a sus anchas. Los saltamontes cubrían ya los dedos del Cuarto abuelo, y tantos saltamontes formaban ya una masa compacta que se desplazaba sola sobre la palma de la mano. El Cuarto abuelo sintió que el cuello le dolía, pensó varias veces el porqué y abrió las manos de golpe. La langosta enorme que tenía en la mano cayó al suelo. La langosta no se había descompuesto y un minuto después ya estaba volando. El borrico dio un salto como si le hubiera dado una descarga eléctrica. La cola se le movía para sacárselas de encima, pero no podía. Subían incluso por las piernas y parecía como cuando plantaba sus patas en el barro de las marismas.

El Cuarto abuelo regresaba a su pueblo montado en el borrico y le faltaban diez *li* para llegar hasta él. Iba firme y estable encima del borrico, ya que un animal así era siempre una garantía para un buen viaje en el campo. Los campos de cebada pasaban lentos a los dos lados y lo mismo sucedía con los campos de sorgo cuyos tallos solo habían crecido medio *chi*. Las hojas del sorgo crecían brillantes y negras, y llenas de pulgones. Los tallos altos y ambiciosos del sorgo chupaban como podían la poca agua —el agua destrozada y poco servible— de la tierra negra. Hacía mucho tiempo que no llovía y el sorgo estaba medio muerto. El Cuarto abuelo iba montado en el borrico y avanzaba mostrándose indiferente de lo que ocurría en los campos de cebada o sorgo. Se oía una explosión constante,

la del nacimiento, desde la tierra misma, de las langostas. El Cuarto abuelo, montado sobre el borrico de cabello gris, pensaba una y otra vez en los orígenes de la plaga de langostas, las cuales habían salido directamente y envalentonadas de la tierra. Nunca antes había oído contar una leyenda sobre las plagas de langostas. El Cuarto abuelo pensó que, cincuenta años atrás, su abuelo ya había intentado por la fuerza ahuyentar varias langostas rojas que cubrieron el cielo con su presencia, pero estas se fueron volando y no volvieron. Al pensar en la plaga de langostas, el Cuarto abuelo lo comprendió todo: las langostas que habían cubierto la tierra eran la descendencia directa de las langostas que cincuenta años atrás cubrieron el cielo.